

aquel alcázar, incomunicado y vigilado siempre por centinelas, para dar cuenta de los movimientos del ejército francés en aquellos días, y del comportamiento de la corte y del pueblo español con él.

Dejamos á Murat y á Dupont avanzando hácia Madrid, por Somosierra el uno, por Segovia y Guadarrama el otro. Seguian á aquél las tropas del mariscal Moncey, y los puntos que éstas iban dejando los ocupaban las del general Bessiéres. Los sucesos de Aranjuez habian avivado en Murat los deseos de entrar pronto en Madrid. Léjos de oponerse á ellos el rey Fernando, nombró y comisionó al duque del Parque, grande de España, y teniente general de sus reales ejércitos, para que fuese á cumplimentarle en su cuartel general, y le obsequiára y acompañára á su entrada en la capital del reino. Entró en efecto el gran duque de Berg en Madrid el mismo día 23 de marzo, con la caballería de la Guardia imperial y lo mas escogido y brillante de su tropa, rodeado de lujoso séquito de ayudantes y oficiales de Estado Mayor, «acudiendo un gentío innumerable á presenciar y celebrar la entrada de nuestros aliados, que fueron recibidos con todas las demostraciones de júbilo y amistad que corresponde á la estrecha y mas que nunca sincera alianza que une á los dos gobiernos (4).»—«El pú-

(4) Son palabras copiadas de la siguiente proclama á su ejército: «Soldados: Vais á entrar en la capital de una potencia amiga: os recomiendo la mayor disciplina. La víspera habia dado Murat

»blico de Madrid, decia la *Gaceta* siguiente, vé con
»complacencia alojados dentro de sus muros á los héroes de Eylau, de Dantzick y de Friedland; admira la gallardía y estado brillante de las tropas despues de tantas fatigas y marchas, y no puede menos de elogiar el buen orden y disciplina que reina en todas ellas. S. A. I. el gran duque de Berg, y á su ejemplo los generales y gefes, se esmeran en mantener y fortificar por todos los medios posibles el buen espíritu de sus soldados y la excelente conducta que observan. En cambio los habitantes de Madrid cumplen á porfía con los sagrados deberes de la hospitalidad, y el gobierno mira con la mayor satisfaccion esta armonía y fraternidad entre los individuos de dos pueblos aliados y unidos entre sí, no menos por el mútuo aprecio que por el interés de la causa comun.»

Colmóse la alegría del pueblo con el aviso que se le dió de que al día siguiente (24 de marzo) haria el

»na, el mayor orden y mas grande miramiento con todos sus habitantes: es una nacion aliada, que debe hallar en el ejército francés á su fiel amigo, y reconocido á la buena acogida que ha tenido en las provincias que acaba de atravesar.
»Soldados: espero sea suficiente la recomendacion que os hago; y la buena conducta que hasta ahora habeis observado deberá garantirla.... pero si aconteciese que algun individuo olvida que es francés, será castigado, y sus excesos se reprimiran severamente. En su consecuencia mando:
»Que todo oficial que olvidando sus deberes, cometa algun delito, será destituido de su empleo, y entregado al juicio de una comision militar.
»Todo soldado convencido de robo, ocultacion ó violencia, será pasado por las armas, etc.»
Copia literal de la que traducida al español se publicó por *Gaceta* extraordinaria.

nuevo monarca su entrada pública y triunfal en Madrid. Tal era el ansia de verle que parecia quererse forzar al tiempo á que corriera mas veloz que de ordinario. Aquella misma noche se llenó el camino de Aranjuez de un inmenso gentío, á pié, á caballo y en carruages, que renunciaba gustosamente al sueño por el placer de anticiparse á otros á satisfacer el afan de ver al idólatrado Fernando. Brilló al fin para todos en azulado cielo el sol que habia de alumbrar uno de los mas tiernos y grandiosos espectáculos que pueden presenciarse las naciones. Unánimemente afirman todos los que presenciaron la magnífica escena de aquel dia que no hay lengua ni pluma capaz de describirla ni aun imperfectamente, que es imposible pintar el cuadro que ofrecia el delirante júbilo del pueblo, la alegría de todos los semblantes, muchos de ellos surcados con lágrimas de gozo, el clamoreo universal de las voces, confundidas con el estampido del cañon, con el eco armonioso de las músicas y el sonido desacorde de las campanas, las señoras agitando sus pañuelos y derramando flores por toda la carrera, los hombres tendiendo sus capas para que las hollára el caballo del rey, y abalanzándose á abrazar á éste las rodillas... La embriaguez del entusiasmo era general. Seis horas tardó en el tránsito desde la puerta de Atocha hasta palacio. Jamás monarca alguno pudo gozar de mas sencillo y lisonjero triunfo, ni ninguno pudo contraer obligacion mas sagrada de cor-

responder á tan desinteresado amor de su pueblo.

Solo disgustó en aquella fiesta el antojo impertinente de Murat de hacer maniobrar algunas de sus tropas en varios de los puntos por donde habia de pasar el rey. Lo cual, unido al hecho de trasladarse, por sí y sin contar con autoridad alguna, de su alojamiento en el Buen Retiro á la antigua casa del príncipe de la Paz, desagradó é hirió en su amor propio al vecindario de Madrid. Y agregándose á esto la circunstancia de ser el embajador francés el único individuo del cuerpo diplomático que no habia reconocido todavía al nuevo monarca, una parte del pueblo comenzó á ver los franceses con ojos no tan favorables como ántes. Pero la mayoría, la córte, la *Gaceta* del gobierno seguian congratulándose de la venida y de la estancia de sus huéspedes, y si algo censurable veian en su conducta, todo lo achacaban á intrigas y manejos de Godoy. Era tal la ceguedad de la córte, que si algun habitante manifestaba con dichos ó con hechos algun recelo de las tropas estrangeras, inmediatamente acudia á prevenir ó cortar cualquier desavenencia con bandos como el siguiente que hizo publicar el Consejo:

«Al paso que el rey N. S. se ha complacido en ver el general agasajo con que se ha esmerado el pueblo de Madrid en recibir y tratar á las tropas de su íntimo y augusto aliado el emperador de los franceses, acuarteladas en su recinto, ha sentido que la imprudencia ó la maligni-

dad de algun corto número de personas haya intentado perturbar dicha buena armonía. Y como esta perjudicial conducta, tan agena del honrado y generoso modo de pensar de todo español, nace quizá en algunos *de una infundada y ridicula desconfianza acerca del intento con que dichas tropas permanecen en la corte y en otros pueblos del reino*, no puede menos de advertir y asegurar por última vez á sus vasallos, que deben vivir libres de todo recelo en esta parte; y que *las intenciones del gobierno francés, arregladas á las suyas, lejos de amenazar la menor hostilidad, la menor usurpacion, son únicamente dirigidas á ejecutar los planes convenidos con S. M. contra el enemigo comun*. Esta esplicacion debe bastar á todo hombre sensato para tranquilizarle, y hacerle mirar con la debida atencion á tan estimables huéspedes; pero si hay alguno tan temerario y tan enemigo de ambas naciones, que en adelante se arroje á perturbar con el menor exceso, de hecho ó de palabra, esta amistosa y recíproca correspondencia, se hace saber al público que será irremisiblemente castigado con el mayor rigor y prontitud por un gobierno, que será paternal para los vasallos leales y obedientes, pero que, firme y justiciero, sabrá hacerse temer de los que tengan la osadía de faltarle al respeto (1).»

Pero otra prueba de mayor y mas vergonzosa humillacion se habia dado en aquellos dias, no obstante la conducta sospechosa de Murat, capaz de abrir los

(1) Bando de 2 de abril de 1808.—Dióse á consecuencia de haberse movido ya algunas riñas entre los paisanos y los soldados franceses, y especialmente una de alguna consideracion que habia habido el 27 de marzo en la plazuela de la Cebada, y en que hubo peligro de que corriera mucha sangre.

ojos al mas ciego. Dejemos que nos lo cuente la Gaceta misma de Madrid para que pueda ser creído.

S. A. I. el gran duque de Berg y de Cléves habia manifestado al Excmo. Sr. don Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del despacho, que S. M. I. el emperador de los franceses y rey de Italia gustaría de poseer la espada que Francisco I. rey de Francia rindió en la famosa batalla de Pavía, reinando en España el invicto emperador Carlos V., y se guardaba con la debida estimacion en la Armería real desde el año 1525, encargándole que lo hiciese así presente al rey N. S. Informado de ello S. M., que desea aprovechar todas las ocasiones de manifestar á su íntimo aliado el emperador de los franceses el alto aprecio que hace de su augusta persona y la admiracion que le inspiran sus mauditas hazañas, dispuso inmediatamente remitir la mencionada espada á S. M. I. y R.; y para ello creyó desde luego que no podía haber conducto mas digno y respetable que el mismo Sermo. Sr. gran duque de Berg, que formado á su lado y en su escuela, é ilustre por sus proezas y talentos militares, era mas acreedor que nadie á encargarse de tan precioso depósito, y á trasladarle á manos de S. M. I.—A consecuencia de esto, y de la real orden que se dió al Excmo. Sr. marqués de Astorga, caballerizo mayor de S. M., se dispuso la conduccion de la espada al alojamiento de S. A. I. con el ceremonial siguiente:—En el testero de una rica carroza de gala se colocó la espada sobre una bandeja de plata, cubierta con un paño de seda de color punzó, guarnecido de galon ancho brillante, y fleco de oro; y al vidrio se pusieron el armero mayor honorario don Carlos Montargis y su ayuda don Manuel Trotier. Esta carroza fué conducida por un tiro de mulas, con guarni-

ciones también de gala, y á cada uno de sus lados tres lacayos del rey, con grandes libreas, como asimismo los cocheros.—En otro coche, también con tiro, y dos lacayos á pié, como los seis espresados, iba el Excmo. Sr. caballero mayor, acompañado del Excmo. Sr. duque del Parque.... (1).

Basta. Confesamos faltarnos serenidad para acabar de transcribir tan degradante documento; que si con el hecho de la entrega de aquel insigne trofeo de las glorias españolas quedaba harto escarnejada la dignidad nacional, no se puede leer sin bochorno y sin ira la vergonzosa descripción de aquella pomposa ceremonia estampada en el *Diario oficial* del gobierno... Verdad es que en aquellos tristes días parecía haberse alejado y desaparecido de la atmósfera que circundaba al poder caído y al poder naciente todo sentimiento de dignidad patria y hasta de delicadeza individual, que mortifica y hace padecer al historiador español, siquiera se limite á las más precisas indicaciones de lo que acontecía en tan turbio y aciago período. Veamos ahora la conducta de los reyes que acababan de descender del sólio: veremos luego la del hijo que á él acababa de ser ensalzado.

Conocida es ya hoy, con harta pena de quien abraiga sentimientos españoles, la correspondencia que á los dos ó tres días de la abdicación se había entablado

(1) Gaceta del 5 de abril. La ceremonia fué el 31 de marzo.

entre las dos reinas, madre é hija, de España la una y de Etruria la otra, y el mismo Carlos IV. con el gran duque de Berg, y de éste con su ayudante general Monthion, enviado por él á Aranjuez desde el Molar donde se hallaban. El deseo de salvar la vida y aliviar la triste situación del príncipe de la Paz, acaso alguna esperanza de recobrar la autoridad perdida, el recuerdo de la antigua amistad de Murat con Godoy, y el desvío que en el general francés se traslucía hácia el nuevo monarca, inspiraron sin duda á los reyes caídos la idea de dirigirse á él y de implorar su protección, como á la única tabla de salvamento en aquel deshecho naufragio. Comenzó aquella correspondencia por una nota, sin fecha, de la reina María Luisa, dirigida al gran duque de Berg por conducto de su hija la reina de Etruria, que le había conocido en Italia, y con una posdata escrita por el mismo Carlos IV., pidiéndole todos con el más vivo interés la libertad de su querido Godoy, ó por lo menos algún consuelo en su aflictiva situación, manifestando que todo su anhelo era poder retirarse los tres juntos, esto es, Carlos, María Luisa y su desgraciado amigo, «el pobre príncipe de la Paz,» con lo necesario para poder vivir, á un país que conviniera á su salud, no á Badajoz, donde indicaban estar destinados por su hijo. La reina espresaba que de éste no podían esperar jamás sino miserias y persecuciones, y le hablaba asimismo de la *protesta* que el rey tenía en su poder y que descaban

poner en sus manos. Escribíale también su edecan el general Monthion, dándole cuenta de la misión que había llevado á Aranjuez y de las pláticas que había tenido con los reyes padres.

En esta correspondencia se mostró la reina tan desatentada, y hacia en algunas de sus cartas tales y tan graves inculpaciones á su hijo Fernando, y retrataba su proceder y su carácter con tan horribles colores, que parecía haber renunciado, no solo á todo sentimiento de madre, sino á toda idea de dignidad como reina, y aun á la delicadeza y al pudor de señora. En una decía que su hijo había sido el jefe de la conjuración, que las tropas estaban ganadas por él, y que él había hecho poner una luz en la ventana de su cuarto para señal de que comenzase la explosión. En otra, que su hijo había hecho la conspiración para destruir al rey su padre; que sus vidas habían corrido gran riesgo, y aun la corría la del príncipe de la Paz, á cuyo lado deseaba acabar tranquilamente el resto de sus días. En otra, que su hijo tenía mal corazón, que su carácter era cruel, que jamás había tenido amor ni á su padre ni á ella, que estaba rodeado de consejeros sanguinarios y de gente malévolas... ¿A qué hemos de seguir? Enciéndese de rubor el rostro, y aflige al par que abochorna, ver en toda esta correspondencia á una reina y una madre dejarse llevar del despecho y de la pasión hasta el extremo de desacreditar al hijo y difamarle, á trueque de libertar y poder tener siempre á

su lado al que por lo menos á los ojos del pueblo pasaba por su amante (1).

Autorizaba Carlos IV. esta correspondencia de su esposa y de su hija con el gran duque de Berg, ya escribiendo también él mismo en el propio sentido, ya firmando, cuando sus dolores y padecimientos no le permitían otra cosa, para que constase su autorización y conformidad. Carlos no se dirigió solamente á Murat, sino al mismo Napoleón por conducto de su lugarteniente. La carta al emperador iba acompañada de la protesta de su renuncia de la corona: documentos importantísimos, que es fuerza dar á conocer, por que fueron el fundamento de otras graves complicaciones.

(1) Nosotros nos abstendríamos de buena gana de copiar esta vergonzosa correspondencia, y aun de referirnos á ella, si con eso pudiéramos evitar su publicidad. Mas habiéndola estampado ya el conde de Toreno en su Historia del levantamiento y guerra de España, y después de él algunos otros historiadores, nos hallamos en el caso de no poder prescindir de dar también alguna muestra de ella por apéndice á este libro.

Los autores de la Historia de la guerra de España contra Bonaparte, escrita de orden del rey Fernando, no se atrevieron á negar la existencia de esta correspondencia, pero dicen que tal como se publicó en el Monitor de París estaba adulterada, y que se habían variado expresiones y frases. Ellos sin embargo no la rectifican, ni dicen qué cláusulas fueron alteradas ó viciadas. —

Tampoco creen fuese cierta la protesta, y en caso de haberlo sido, suponen sería arrancada por los franceses con violencia y superchería.—Nada más natural que este modo de discurrir en los que escribían de orden de Fernando VII.

El príncipe de la Paz, que hablando de esta correspondencia, reconoció descubrirse en ella, entre dolores y gemidos, flaquezas humanas, dice también haber oído á los reyes padres quejarse de que se hubiesen suprimido unas frases é intercalado otras. Llama publicación infame la que de ella se hizo en el Monitor; y en efecto, no hubo nobleza de parte de un gobierno poderoso en dar tal publicidad á sentimientos íntimos que en momentos de aflicción habían confiado unos monarcas desgraciados á una persona de quien esperaban alivio ó consuelo.

«Señor, mi hermano (decía): V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia, y la de sus fieles vasallos.

»Yo no he renunciado en favor de mi hijo sin por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues ésta última hubiera sido seguida de la de la reina.

»Yo fuí forzado á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros, y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz.

»Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego, y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cuál ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda.

»De V. M. I. y R. su mas afecto hermano y amigo.—CARLOS.—Aranjuez 23 de marzo de 1808.»

PROTESTA.—«Protesto y declaro que mi decreto de 19 de marzo, en el que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á que me he visto obligado para evitar mayores infortunios, y la efusion de sangre de mis amados vasallos; y por consiguiente debe ser considerado como nulo.—CARLOS.»

El documento de protesta iba sin fecha, y aunque despues apareció con la del dia 21, créese que aquella no se formalizó hasta el 23, de resultas de la conferencia tenida con el general Monthion, por mas que esta conjetura no sea conforme al contesto de la carta de Monthion al gran duque de Berg, pues se supone que se le añadió este párrafo al tiempo de publicarla. De todos modos, parécenos no ser de gran importancia que la protesta se formalizase dos dias ántes ó despues. Es lo cierto, que si Cárlos IV. hizo momentáneamente con gusto su abdicacion, viéndose pronto abandonado por todos, no tardaron ni él ni la reina en arrepentirse del excesivo temor y sobrada ligereza con que habian cedido al miedo de una violenta sublevacion, y que despues constantemente manifestaron, así dentro como fuera de España, el mismo arrepentimiento (4).

(4) El príncipe de la Paz, en el tomo VI. de sus Memorias, da acerca de la abdicacion y la protesta noticias que no se hallan en ninguno de los que habian escrito antes que él, y que, dada su certeza, ó no pudieron constarles, ó no tuvieron por conveniente estamparlas.

Dice, que deseando Cárlos IV., una vez hecha la abdicacion, darle la formalidad y legalidad de que carecia, para que en ningun tiempo pudieran suscitarse dudas ni reclamaciones sobre su validez, hizo buscar un ejemplar de la de su abuelo Felipe V., y llamando á los ministros Cevallos

y Caballero, arregló, con presencia de aquella, un plan de condiciones, con las cuales se habia de reducir el documento á escritura pública, si las aceptaba su hijo, y que las condiciones eran las siguientes:

1.^a La observancia inviolable de nuestra santa religion católica romana, con exclusion de toda otra, etc.

2.^a La absoluta y rigurosa indivisibilidad ó integridad de los mismos estados y dominios de la monarquía, sin que ni al príncipe su hijo, ni á ninguno de sus sucesores, fuese nunca libre desmembrarlos, traspasarlos ó cambiarlos